



Purorelato 2026

El jurado de esta edición de Purorelato, el concurso de microrrelatos de Casa África, ha decidido premiar las siguientes obras:

Primer premio

El hilo invisible, de Iker Carvajal (España)

La máquina de coser de mi madre empezaba a cantar a las cuatro de la madrugada. Era un traqueteo rítmico, metálico y constante, que se colaba por las rendijas de nuestra casa en el barrio de Mafalala, en Maputo. Mientras la ciudad entera dormía bajo el manto espeso y salado del océano Índico, ella pedaleaba en la penumbra.

Cosía capulanas de colores vibrantes para las vecinas: amarillos eléctricos, rojos sangre, azules profundos. Pero aquella noche, el carrete era de hilo blanco. Un blanco inmaculado.

Yo la observaba desde el colchón, a través de la vieja mosquitera. Sus dedos, marcados por miles de pinchazos y cicatrices minúsculas, guiaban la tela con la precisión y el cuidado de un cirujano. Estaba confeccionando mi bata de enfermera. Había renunciado a la carne en su plato durante meses para pagar mi matrícula. Cuando terminó, cortó el hilo con los dientes y alisó la prenda sobre sus rodillas, exhausta, pero sonriendo.

Hoy, veinte años después, camino por los pasillos asépticos de este hospital en Barcelona. Llevo un uniforme blanco de fábrica, perfecto, sin costuras a la vista. Pero cada vez que me enfrento al cansancio atroz, al miedo de un paciente o a la desesperanza, cierro los ojos y escucho aquel viejo traqueteo. Siento el hilo invisible de mi madre tirando de mí, sosteniéndome, recordándome que estoy hecha de su insomnio, de su fuerza inquebrantable y de la luz de aquellas madrugadas mozambiqueñas.



Segundo premio

Geografia,
de Marco Antònio Costa (Brasil)

Na escola de Lisboa, pediram à menina que desenhasse a casa. As outras crianças fizeram janelas, cães, antenas, árvores com maçãs demasiado redondas. Amina desenhou duas linhas tortas e, ao lado, um pé descalço. A professora sorriu com doçura. — Isso não parece uma casa. Amina não corrigiu. Tinha oito anos e já sabia que certas verdades, quando saem da boca, se perdem. Em casa, a mãe passava as noites a enrolar pastéis e a falar crioulo ao telefone com uma voz que só existia para longe. O pai dormia pouco. Às vezes acordava a dizer o nome de uma aldeia que ninguém em Portugal sabia pronunciar. No dia seguinte, a professora insistiu: — E onde está a porta? Amina apontou para o desenho do pé. A turma riu. Ela ficou de pé, pequena e firme. — Casa é o lugar para onde o corpo tenta voltar quando sonha. Ninguém respondeu. Anos depois, já médica, Amina encontrou a folha amarelada entre os papéis da mãe. No canto inferior, em letra infantil, havia uma legenda que a professora nunca lera: “Casa: sítio que continua em nós, mesmo quando nos tiram o caminho.”



Segundo premio

Geografía, de Marco Antônio Costa (Brasil) Traducción de Felisa Rodríguez Prado

En el colegio de Lisboa, le pidieron a la niña que dibujara su casa. Los demás niños pintaron ventanas, perros, antenas, árboles con manzanas demasiado redondas. Amina dibujó dos líneas torcidas y, al lado, un pie descalzo.

La profesora sonrió con ternura.

- Eso no parece una casa.

Amina no la corrigió. Tenía ocho años y ya sabía que ciertas verdades, cuando salen de la boca, se pierden.

En casa, la madre se pasaba las noches haciendo pasteles y hablando en criollo por teléfono con una voz que solo existía en la lejanía. El padre dormía poco. A veces se despertaba diciendo el nombre de un pueblo que nadie en Portugal sabía pronunciar.

Al día siguiente, la profesora insistió:

- ¿Y dónde está la puerta?

Amina señaló el dibujo del pie.

La clase se rio.

Se quedó de pie, menuda y firme.

-Casa es el lugar al que el cuerpo intenta volver cuando sueña.

Nadie respondió.

Años más tarde, ya como médica, Amina encontró la hoja amarillenta entre los papeles de su madre. En la esquina inferior, con letra infantil, había un subtítulo que la profesora nunca había leído: «Casa: lugar que permanece en nosotros, incluso cuando nos quitan el camino».



Tercer premio

The Boy Who Wasn't Lost, de Radhika Bhargav (India)

The market sounded like a drum festival. Women called out prices over piles of tomatoes and cassava. Bright kente cloths fluttered like flags between the stalls. Somewhere a radio played an old highlife song while a man roasted groundnuts

over a small charcoal stove.

Kofi had been holding his mother's hand. Now he wasn't.

He turned in a slow circle.

No Mama. No Baba.

He sighed. His parents had wandered off again.

Kofi stayed where he was, just as Mama always said when they crossed the busy road near the market: Stand still. Let the world move around you.

A woman selling mangoes noticed him.

"Ei, little one," she said gently. "Are you lost?"

Kofi shook his head.

"No," he replied with great seriousness. "My parents are."

The woman laughed, a warm, rolling laugh that made the women at the next stall smile too. She lifted him onto a wooden crate so he could see above the river of people.

"Then we will help them find you," she said, pressing a small paper cone of roasted groundnuts into his hand.

All around them the market continued to sing—voices bargaining, cloth rustling, a drumbeat from a distant stall.

And somewhere in that colorful storm of sound, two worried parents were already running through the crowd, calling the name of the boy who knew exactly where he was.



Tercer premio

El niño que no estaba perdido, de Radhika Bhargav (India)

Traducción de Josep María Bermejo

El mercado sonaba como un festival de tambores. Las mujeres pregonaban precios por encima de montones de tomates y yuca. Telas brillantes de kente ondeaban como banderas entre los puestos. En algún lugar, una radio tocaba una vieja canción de highlife mientras un hombre tostaba cacahuets sobre una pequeña estufa de carbón.

Kofi iba de la mano de su madre. Ahora ya no.

Giró lentamente sobre sí mismo.

Ni Mama. Ni Baba.

Suspiró. Sus padres se habían vuelto a despistar.

Kofi se quedó exactamente donde estaba, tal como mamá le advertía siempre que cruzaban la concurrida carretera cerca del mercado: "Quieto. Que sea el mundo el que se mueva a tu alrededor".

Una mujer que vendía mangos reparó en él.

-“Ei, niño,” le dijo con ternura. “¿Te has perdido?”

Kofi sacudió la cabeza.

-“No” respondió con total seriedad. “Mis padres sí.”

La mujer soltó una risa cálida y generosa que hizo sonreír también a las mujeres del puesto de al lado. Lo subió a una caja de madera para que pudiera ver por encima de aquel río de gente.

-“Entonces les ayudaremos a que te encuentren,” dijo ella, mientras le ponía en la mano un pequeño cucurucho de papel con cacahuets recién tostados.

A su alrededor, el mercado seguía cantando—voces regateando, el crujido de las telas, el compás de un tambor desde un puesto lejano.

Y en algún lugar de aquella colorida tormenta de sonidos, dos padres angustiados ya corrían entre la multitud, gritando el nombre del niño que sabía exactamente dónde estaba.